

creadora de la vida, acepta que «la actividad humana tendiente a fines está sujeta a las leyes de la naturaleza».

Por tanto, sin perjuicio de estudiar por su lado las conexiones privativas de las «ciencias del espíritu», que nos descubrirán otra serie de influencias sobre el grupo humano—en especial provenientes del co-mundo de los otros hombres— es lícita y obligada la atención a este plano del encuentro del hombre y el mundo que va a condicionar fuertemente la forma peculiar de existencia de un grupo humano, aun cuando luego al hombre le quede margen suficiente de libertad para configurar definitivamente su vida en el tiempo y frente a la trascendencia.

Si en la relación hombre-mundo quisiéramos dirigir la atención al primero en su peculiaridad biopsicológica regional, tocaríamos con el arduo y espinoso problema de las razas. En cualquier caso mejor que con las opiniones apasionadas, casi místicas, de *Gobineau* y de *Gühnter*, según las cuales las razas son unidades biológicas de tal potencia de penetración que sus caracteres perviven aún en sujetos que habitan en regiones muy apartadas—la crítica de este punto de vista la hizo en la misma Alemania *Kretschmer*—, nos quedaríamos con la más flexible y real de *Pende*, que supone que las influencias cósmicas y sociales convierten en unidad a aquellos grupos o fracciones étnicas que viven reunidos en una región determinada durante años y siglos, aun cuando, como es la regla, sus componentes pertenezcan a razas o grupos étnicos diversos. Se constituyen así las razas-síntesis, nuevo tipo biológico y psicológico, cuyos caracteres espirituales y dinámicos y las nuevas formas de adaptación social se transmiten por herencia («herencia social» de *René Sand*).

Aun contando, pues, con la importancia del factor racial, para explicar las diferencias biológico-psicológicas entre grandes agrupaciones humanas—naciones—es indispensable pres-

